

PREGÓN
DEL
TIEMPO DE GLORIA
DE JAÉN
2008

RVDO. SR. D. ANTONIO ROBLES GÓMEZ

*Dedicado a Ana María, mi sobrina,
la sonrisa que me despierta el alma.*

¿QUÉ PASÓ EN UNA NOCHE COMO ÉSTA?

Cuando aparecieron las primeras estrellas que anunciaban el inicio del sábado, María la Magdalena dejó a la madre de Jesús y a Juan en la casa, la misma casa donde la semana anterior habían celebrado la pascua en el piso de arriba. Salió a la calle que estaba casi desierta, sólo se cruzó con un par de comerciantes extranjeros, ya que la mayoría de la gente se disponía a encender las velas para la oración familiar que daría fin a la gran fiesta de la pascua. Era la noche recién estrenada del 21 de Nisán, había pasado una semana justa desde aquella tarde triste y llena de dolor, aquella tarde negra en la que le arrebataron a su maestro. María, la de Magdala, recorrió las calles del mercado de Jerusalén que todavía olían a sangre y a especias, por un momento creyó haberse perdido, pero sabía bien a donde iba, sabía bien lo que buscaba. Se entretuvo en una esquina y a la memoria le vino como un zarpazo la imagen de su Señor caído por los suelos, aplastado por el peso del madero, el recuerdo era muy claro, ella estaba muy cerca de él, estaba junto a la madre de Jesús y otras mujeres que lo habían seguido desde que comenzó a anunciar su mensaje nuevo, estaba muy cerca pero no pudo aproximarse, no pudo socorrerlo, un escalofrío de impotencia recorrió su espalda al recordar en aquella esquina cómo sobre esas losas de fría y dura piedra cayó Jesús, aquél al que debía su vida. Las lágrimas brotaron como saladas perlas sobre sus mejillas, pero se las secó y siguió caminando presurosa por un laberinto de callejas que con la oscuridad de la noche de luna menguante le parecían desconocidas. La mujer a la que buscaba vivía cerca de la Torre Antonia, en unas dependencias que estaban destinadas a los altos funcionarios romanos. Llegó al templo contempló por un instante su majestuoso pórtico y lo dejó a un lado, siguió hasta una pequeña plaza con soportales en la que había varios soldados, ninguno le preguntó nada, seguramente la confundieron con alguna de las muchachas de la servidumbre. Fue directa al lugar que le habían indicado los que conocían a esa mujer, la primera puerta a la derecha, cogió el aldabón y llamó, al instante abrió la puerta una mujer, era joven y bella, menuda, de rasgos suaves y ojos oscuros y grandes. María le preguntó:

- ¿Es ésta la casa de Lucio Quintilio, el notario del gobernador?

- Sí ésta es, pero él no está aquí se fue a Cesarea para despachar allí unos asuntos.

- No venía buscándolo a él, sino a su mujer.

- Soy yo, me he quedado aquí después de las fiestas, porque no me encuentro bien y no estaba preparada para el viaje. La semana pasada cuando mataron al naza-

reno, sentí un dolor muy fuerte en el pecho, era como si hubiera sido asesinado un familiar mío.

- De eso quería hablar contigo, yo soy María, una de las amigas de Jesús, el Nazareno. Juana, la mujer de Cusa, me dijo que te acercaste a él y que lo auxiliaste, mientras lo llevaban al Gólgota.

- Es cierto lo que te han contado, pero pasa y hablemos tranquilamente.

La mujer del notario hizo entrar a María y la condujo a una habitación pequeña, cerró la puerta de la calle e iluminó la estancia con varios candiles. Ambas mujeres se sentaron y empezaron a hablar. No se conocían de nada pero la confianza surgió rápidamente y parecía que hubiesen compartido mucho antes de ese primer encuentro.

- Mi nombre es Marcela, dijo la mujer del notario, mi marido y yo vinimos desde Siracusa al servicio de Poncio Pilatos. Mi esposo conoce varias lenguas y tiene una excelente caligrafía por eso el gobernador procura no separarse de él nunca, ya que le es muy útil en todas sus actividades. Lucio, mi marido, estuvo presente en el juicio contra Jesús, se quedó admirado de la entereza que demostró y recuerda cada una de sus palabras sobre todo aquellas que dijo cuando Pilatos le preguntó que si él era el rey de los judíos y cuando quería saber de dónde venía. En todo momento el reo mostró una enorme dignidad y soportó los tormentos con gran firmeza. Poncio estaba persuadido de su inocencia y quería soltarlo pero agobiado por la presión de las autoridades judías y con el fin evitar un tumulto mayor, lo entregó para que lo crucificaran. Quintilio anotó cada una de sus respuestas, las escribió con el cálamo, pero a la vez quedaron grabadas en su corazón.

- Dímelas Marcela, cuéntame todo lo que ocurrió, dime las palabras de Jesús, quiero saber cada una de ellas, no se puede perder ninguna, porque es importante que sepamos todo lo que sucedió en el pretorio. Pero dime primero ¿por qué te acercaste al maestro, lo habías visto antes, lo conocías de algo?.

- Sí, fue en el otoño pasado, una mañana decidí ir al atrio de los gentiles del Templo para comprar unas baratijas, quería hacer regalos a unos parientes que nos iban a visitar. Cuando terminé mis compras miré a las escalinatas que daban acceso al patio de las mujeres y allí de pie estaba él con su túnica blanca y su hermoso rostro, parecía por los gestos que hacía, que se estaba defendiendo de las de las acusaciones que le hacían. Entre los que le escuchaban unos permanecían atentos, como embobados como su mensaje, mientras que otros le hacían muecas y lo desacreditaban. Yo

me acerqué lo más que pude y contemplé cómo su presencia me robaba el corazón. Viéndolo a él parecía que todo el alboroto que había en el mercado del Templo desaparecía y que éramos los dos solos. En ese momento dijo: “Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba. Como dice la Escritura, de lo más profundo de todo aquél que crea en mí brotarán ríos de agua viva”. Yo en ese instante me sentí como una tierra baldía, con mucha sed, noté como las prácticas de la religión imperial no saciaban mis ansias y cómo estaba buscando una fuente en la que poder refrescar mi alma. Toda mi vida parecía como un enorme desierto y las palabras que estaba escuchando eran como el manantial de un oasis que calmaba el fuego que existía dentro de mí. Lo escuchaba y apenas entendía nada, decía que Dios era su padre y que lo había enviado, afirmaba que todavía tenía que estar con nosotros un poco tiempo, pero que después lo buscarán y no lo encontrarán. No acertaba a comprender lo que quería decir, pero sólo sé que cuando se iba me miró con sus ojos bellos y que esa mirada fue como un torrente de agua, un aluvión de vida que cayó sobre mí y removió mis entrañas. A la mañana siguiente fui de nuevo al templo a buscarlo y allí estaba sentado enseñando, me dijeron que había evitado que lapidasen a una mujer adúltera. Conseguí situarme muy cerca de él y le escuché decir que era la luz del mundo y que el que lo sigue no caminará nunca en tinieblas, también dijo que sólo la verdad nos hará libres y algo así como que tendrían que levantarlo en lo alto para reconocerlo. Muchas palabras extrañas pero cada vez que hablaba mi alma se iluminaba.

- Yo también estuve esos dos días en el templo, dijo María Magdalena. La luz de los primeros días del otoño hacía resplandecer las piedras blancas del templo, sin embargo él brillaba más. Era la fiesta de las tiendas, en la cual nuestro pueblo recuerda que fue peregrino por el desierto antes de entrar en la tierra que nos dio el Señor. En el desierto nuestros padres sufrieron mucho a causa de la sed, por eso se presentó como un manantial, aunque estoy segura que también lo dijo pensando en ti. Yo sí estuve presente cuando libró a la mujer de una muerte segura, Jesús siempre estaba de parte de los más débiles, me acordé de cuando en Cafarnaúm expulsó de mí los siete demonios que atormentaban, me devolvió la cordura y volví a nacer de nuevo. Entonces sí que lo experimenté como la luz del mundo, porque su presencia en mi vida disipó todas las tinieblas que atenazaban mi espíritu y soltó todas las ataduras de mi alma, desde aquel día no me separé de él. Y tú ¿lo volviste a ver después de aquel día?.

- No María, sé que hace unos meses volvió a enseñar en el templo, pero en esa ocasión no lo vi. Mi marido me dijo que hace unas semanas resucitó a un muerto en una aldea cercana y que unos días antes de su muerte entró en Jerusalén y que la gente

lo aclamaba como rey de los judíos, ésta fue la razón por la que lo condenaron a muerte. Yo no volví a verlo hasta el viernes pasado, cuando fui a buscarlo y me lo encontré muy cerca de la puerta de la muralla. Me costó trabajo reconocerlo su rostro estaba desfigurado y cubierto de sangre, sin embargo sus ojos eran los mismos que me miraron hace unos meses y ahora volvían a hacerlo con la misma inquietante intensidad. Su mirada demandaba algo de mí, parecía que me estaba pidiendo algo, yo, aprovechando que los soldados se afanaban en fustigar a los otros dos condenados, me acerqué y mis ojos quedaron fijos en los suyos. Durante unos instantes me quedé paralizada, pero de repente comprendí que tenía que hacer algo por él. Me quité el manto blanco que cubría mi cabeza y limpié su cara, con mis manos y el paño intentaba acariciar su rostro y poner algo de dulzura en tanto sufrimiento, pero en seguida me apartaron de él con un brusco empujón que me hizo caer al suelo. Quise seguirlo pero en ese momento mi marido me sujetó por el brazo y me prohibió contemplar el horrendo espectáculo de la crucifixión. Él volvió su cabeza y nos miró, daba la impresión que quería agradecer mi gesto. Regresamos hasta aquí y yo desde entonces no me encuentro bien, ese día hasta la media tarde se oscureció el sol y las tinieblas cubrieron la ciudad, para mí desde aquel encuentro con tu maestro todo sigue en total oscuridad.

- Y, dime Marcela ¿qué hiciste con el manto con el que enjugaste su faz?

- Lo doblé y lo guardé en el arca de la habitación de arriba. Está lleno de sangre, no me atrevo a verlo de nuevo, para mí supone un gran dolor, ese hombre me transmitió algo especial y ahora está muerto, lo que despertó en mí hace unos meses en el templo también ha muerto con él.

- Tráelo Marcela, quiero verlo, no debes tener miedo, la sangre no debe asustarte, enséñamelo y verás como tu alma se tranquiliza.

Marcela subió no muy convencida, abrió el arca y tomó el paño y lo estrechó contra su pecho. Mientras, la Magdalena cogió los candiles que estaban en las esquinas y los colgó en el techo sobre la mesa que había sido testigo de su conversación, también encendió una lucerna que sostuvo con su mano. Esperaba impacientemente que Marcela bajara, sentía que algo especial iba a ocurrir. La mujer del notario apareció en la penumbra con el paño entre sus brazos, lo soltó sobre la mesa y comenzó con cuidado a desplegarlo. María acercó la lucerna a la mesa porque no podía creer lo que estaba viendo, en el paño no había sangre sino el rostro de su amigo del alma, rodeado de un luminoso resplandor. Ambas se quedaron sobrecogidas por la emoción ya que la imagen era tan clara que parecía que les estuviera hablando. María Magdalena dijo:

- Oigo en mi corazón: Buscad mi rostro. Tu rostro buscaré no me escondas tu rostro. Te he encontrado Señor, en este recuerdo de tu pasión veo cómo nos amaste, cómo diste tu vida por nosotros y nos salvaste. Marcela dijo:

- Son sus ojos los mismos que me dieron vida, los mismos que prometieron agua para mi caminar cansado, los mismos que me miraron esa mañana de otoño y me dijeron que eran la luz del mundo. Qué pena que todo haya acabado de esta manera, es una lástima que un hombre tan bueno terminase clavado en una cruz, qué final tan triste para aquél que hizo tanto bien. Todo lo que dijo se ha esfumado porque ahora está muerto.

- No Marcela, Jesús está vivo y este paño es una muestra de ello.

- ¿Cómo dices? Sí, pudo ser su último milagro, dejar su efigie impresa en mi manto, pero los muertos no vuelven a la vida, nunca jamás ninguno ha vuelto, después del sepulcro sólo hay frío y soledad.

- Eso creía yo, dijo María, y lloré con mucho pesar la muerte de mi maestro, pero el primer día de la semana a la salida del sol fui con otras mujeres a embalsamar a Jesús, mas la piedra que cerraba el sepulcro había sido rodada, fui a contárselo a Pedro y a Juan y ellos encontraron el sepulcro vacío, yo me quedé allí derramando muchas lágrimas, porque se habían llevado a mi Señor y no sabía donde lo habían puesto. En esto se acercó un hortelano y me dijo: “mujer ¿por qué lloras?” le conté cual era el motivo de mi pena ya que pensaba que habían robado el cuerpo de Jesús. En esto el hortelano me llamó por mi nombre me dijo : “María”, al oír esa voz, la reconocí en seguida, me sonó como el viento en las palmeras de Cafarnaum la tarde en que me sanó, tenía el mismo tono amable que tantas veces me había dirigido, era su dulce cadencia como la miel, era el timbre suave y rotundo con el que él hablaba, era como un susurro, era como una caricia, sonaba como el rumor del agua, era la voz de mi maestro. Era Jesús el que me hablaba, no me dejó tocarlo, pero pude verlo y sé que mi Señor está vivo, sé que lo vi con estos ojos, por eso ya no tengo pena, ha resucitado, está vivo para siempre. Ese mismo día por la tarde se apareció a los apóstoles y todos se llenaron de alegría al ver al Señor. Créeme Marcela te digo la verdad.

- Quiero creerte, pero me cuesta pensar en que uno que está muerto vuelva a la vida.

- No Marcela, no es que haya vuelto a la vida es que es la vida misma, es que ha destruido la muerte y ha vencido para siempre. Está vivo, ha resucitado, es el Señor de la vida, ha triunfado, su muerte no es un fracaso, es una victoria. Con su muerte nos ha abierto las puertas de la vida, es la esperanza de todos los hombres y los que creemos en él participaremos de su victoria.

- Ahora me acuerdo, la segunda mañana en el templo, en el otoño pasado, mientras discutía con sus adversarios dijo que el que aceptase su palabra no moriría nunca.

- Claro que sí y cuando resucitó a un muerto en Betania como te contó tu marido, dijo que era la resurrección y la vida. Todo lo que está pasando él ya lo había anunciado, lo que pasa es que entonces ninguno entendíamos nada. Pero mira ese rostro, ese mismo día en Betania dijo a la hermana del difunto que el que crea verá la gloria de Dios, no ves la gloria de Dios en ese rostro, este rostro es la gloria de Dios.

- María, nunca podría haber imaginado que guardaba en mi arca semejante tesoro. Pero cuéntame más cosas del Maestro quiero conocer más, quiero saber qué es lo que dijo, quiero poder llamarlo Señor como tú haces.

Las dos mujeres estuvieron hablando toda la noche y contemplando el hermoso rostro impreso en el paño. María le explicó que en Jesús fueron llevadas a plenitud todas las promesas cuyo cumplimiento había estado aguardando el pueblo de Israel. Le dijo que él era el Mesías, el Hijo de Dios que había venido al mundo para que creyésemos en él y para que creyendo tengamos vida. Cuando amanecía ambas salieron de la casa, sólo el lucero de la mañana estaba en el cielo y en el horizonte se adivinaba la alborada, fueron a la casa donde estaban la madre de Jesús y Juan. Cuando llegaron le dieron el paño a María, la madre de Jesús, ésta al verlo se estremeció, lo tomó entre sus brazos, se sentó, lo apretó contra sus entrañas y lo arrulló como si fuera una criatura, lo cubrió de besos y dijo: “se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador”.

SALUDOS Y AGRADECIMIENTOS

Rvdo. Sr. Consiliario de la Agrupación de Cofradías.

Sr. Presidente de la Agrupación de Cofradías.

Hermanos mayores y miembros de la Juntas Directivas de las distintas cofradías de Gloria.

Miembros pertenecientes a mi cofradía de la Expiración.

Autoridades civiles.

Queridos hermanos en el sacerdocio.

Queridos familiares.

Muy queridos amigos de Fuerte del Rey.

Sres. y Sras.

Agradezco a D. José María Mariscal Muñoz la confianza depositada en mí para realizar este pregón, así mismo doy las gracias a D. Antonio Carrascosa An-guita por sus palabras de presentación. De igual modo reconozco que me ha sido de inestimable ayuda para la realización de este escrito la documentación ofrecida por D. Moisés Carmelo Campos Estévez.

¡CUÁNTO BIEN PODEMOS HACER!

He querido comenzar este pregón con la narración que acabamos escuchar por la importancia que tiene en nuestra tierra el Santo Rostro. Desde que en el s.XIV el obispo D. Nicolás de Viedma lo trajera a nuestra diócesis, han sido muchas las generaciones de giennenses que lo han venerado como verdadero recuerdo de la pasión de Nuestro Señor, nuestra Catedral está concebida como un relicario para contenerlo y mostrarlo, y es que la historia de este Santo Reino está fuertemente ligada a la faz del Salvador del Mundo. Por esta razón es todo un acierto que en el escudo de esta agrupación ocupe un lugar destacado, pues el paño sagrado es seña de identidad de nuestra tierra y aún a todas las cofradías tanto las de pasión como las de gloria. Para entender la identidad de las cofradías de gloria debemos de mirar el rostro de Cristo, pues como dice el apóstol Pablo *“la gloria de Dios está reflejada en el rostro de Cristo”* (2Cor 4,6). Por eso la fe de nuestro pueblo conserva como una joya preciosa esa reliquia de la pasión y lo cubre de gloria enmarcándolo con oro y plata, con piedras preciosas e infinitud de besos, porque la gloria de este mundo no vale lo que amor infinito de Dios manifestado en este rostro ennegrecido casi aceitunado, como el mejor fruto de nuestra tierra.

El relato estaba situado en una tarde como la de hoy, el 21 de Nisan, el viernes siguiente al viernes santo, con luna menguante, como hoy. Si hace una semana contemplábamos admirados la muerte del que es la Vida, hoy gustamos, sobrecogidos por la alegría, el sabor de la victoria, y aspiramos el perfume que exhalan sus llagas abiertas, las heridas saludables que nos han curado, un aroma que nos hace disfrutar de la gloria que un día viviremos plenamente. La narración de arriba se ofrece como una metáfora del papel de las cofradías de gloria, una parábola de cual ha de ser su quehacer en nuestro mundo de hoy. La cofradías han de ser como María Magdalena, esa mujer valiente que sale de noche, buscando a alguien para transmitirle el anuncio de la resurrección, el evangelio de la vida nueva. María anda rápida y no se entretiene con nada, va con prisa pues busca con ímpetu a una mujer que vio a Jesús pocas horas antes de morir. En nuestro mundo hay muchos hombres y mujeres que han oído ha-

blar de Jesús, muchos que incluso como Marcela han tenido un fugaz encuentro con él y que sin embargo no lo han experimentado en la fe como el Señor de sus vidas, valoran su mensaje, lo consideran como un hito en la historia pero no pasan de ahí. Las cofradías deben presentar con su testimonio el anuncio del mensaje cristiano. Las cofradías no son entidades abstractas sino que están compuestas por personas concretas que trabajan con unos fines comunes al servicio de un mismo ideal. Estas personas han de ser valientes y expresar sin tapujos como la Magdalena, su experiencia personal de encuentro con el Señor. La Iglesia de hoy necesita testigos convencidos y convincentes que anuncien que Cristo está vivo y que es la esperanza de todo hombre. Frente a las distintas instancias desde las que se pretende reducir la religiosidad al ámbito de lo privado, que se proponen enclaustrar la fe, encerrándola en la esfera de lo íntimo, las cofradías de gloria toman la calle y hacen en ella manifestación pública de su fe, que es algo más que un puro sentimiento interior, es la adhesión de la vida, de toda la vida a la persona de Jesús, de la cual hay que dar testimonio.

Las cofradías de gloria por tanto han de esforzarse en facilitar medios de formación cristiana, pues son muchos los que rechazan el mensaje de salvación y a todos tenemos que dar razón de nuestra esperanza. Podéis caer en el pesimismo al pensar en vuestra falta de medios, en vuestro escaso personal, sin embargo si repasáramos la historia de vuestras cofradías veríamos que han atravesado avatares más penosos que los que ahora nos toca vivir. Sirviéndonos de la narración del principio, mirad a la discípula, considerad cómo creía que todo había acabado, cómo lloraba la pérdida de su esperanza, pero fue en el encuentro con su Señor donde recuperó fuerzas y donde cambió su temor en valentía. Por tanto debéis ser conscientes que el calibre, que el valor de la labor que realizáis como cofrades, como miembros de una asociación pública de la Iglesia dependerá de vuestro grado de intimidad con el Señor, de vuestro trato asiduo con Cristo en la oración, si no lo hacéis así, todo lo que emprendáis será aparentemente muy luminoso, unos cultos muy solemnes, una agenda de actividades muy apretada, algunos gestos de atención a los necesitados, procesiones muy lucidas, pero todo carecerá de fundamento, todo será hueco. Coincidiendo con uno de los objetivos del Plan Diocesano de Pastoral para este año, nuestro Sr. Obispo animaba a las cofradías en su carta pastoral a profundizar en el camino de la oración y afirmaba esto diciendo: *“En el presente curso sería de alabar que incluyerais en vuestras programaciones la creación de una Escuela de oración donde poder aprender o profundizar en el encuentro personal con el Señor. (...)Lo que importa es que la Cofradía apoye a los cofrades en el proceso ordinario de su vida cristiana potenciando aquellas ayudas que puedan serle más propicias.”*

En el relato hemos visto cómo Marcela no podía creer que un muerto haya vuelto a la vida, cuanta gente incluso de los que se dicen cristianos no creen en la resurrección y viven instalados en un ateísmo práctico, a todos ellos las cofradías de gloria han de dirigir el anuncio clamoroso de la primera mañana de pascua. “*¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive, no está aquí ha resucitado?*” (Lc 24,5). Marcela tenía el Santo Rostro guardado en un arca y no sabía el gran tesoro que allí escondía. Cuanta gente de nuestro tiempo recibió el don del bautismo y no son conscientes de la riqueza que atesoran en el interior de su alma, no se dan cuenta de que son hijos de Dios y de que como tales han de vivir. La misión de las cofradías de gloria ha de consistir en hacérselo descubrir, en invitarles como a Marcela a abrir su arca y rescatar la impresión indeleble del encuentro con Cristo, ella salió de la penumbra y fue capaz de desplegar con sus propias manos el santo paño, las cofradías han de acompañar a la gente que se acerca a ellas por la devoción a una imagen concreta, para que profundicen en la fe cristiana y sean capaces de desplegar, de descubrir con sus propias manos, es decir con sus propias vidas el rostro amable de Dios. María Magdalena dijo con el salmo “*tu rostro buscaré, no me escondas tu rostro*”, las cofradías deben empeñarse en buscar el rostro de Dios reflejado en los hombres. De manera especial en los más necesitados. Los fines de toda cofradía, como de cualquier asociación cristiana son tres el culto, la evangelización y la caridad, no olvidéis nunca este último, no escatiméis esfuerzos en ayudar a los más débiles pues como dijo el Señor: “*cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis*” (Mt 25,39). La medida de vuestra caridad hará vuestro testimonio creíble, hará que todas vuestras actividades sean respetadas por todos. También debéis cuidar de modo especial la caridad al interior de vuestras instituciones, nada de riñas, ni pendencias entre vosotros, sois cofradías, os sentís co-grades, hermanos con el otro, por eso si no queréis escandalizar a los que no creen, debéis evitar todo conflicto, sé que es difícil y que como en cualquier grupo humano surgen problemas, pero escuchad las palabras del apóstol Pablo y convertirlas en norma de vida “*Os ruego hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os pongáis de acuerdo para que no haya divisiones entre vosotros, sino que conservéis la armonía en el pensar y en el sentir*” (1Cor 1,10).

María Magdalena y Marcela después de estar toda la noche repasando las palabras de Jesús y contemplando su rostro, se fueron con la madre de Jesús y el discípulo. La Magdalena llevó a Marcela a la Iglesia que estaba entonces en ciernes. Ojalá que atraigáis a muchas Marcelas a la Iglesia y las convirtáis en Verónicas en “*vera icona*”, verdaderos iconos, verdaderas imágenes de Cristo en nuestro mundo.

Para que sigamos profundizando en vuestra identidad como cofradías de gloria os ofrezco ahora unas pinceladas que espero que puedan aclarar lo que queremos afirmar cuando decimos gloria, para ello haré un recorrido por el valor de este término en la Sagrada Escritura.

LA BIBLIA NOS HABLA DE LA GLORIA DE DIOS

En la Biblia la gloria de Dios es Dios mismo en cuanto se revela en su majestad, Dios mismo en cuanto se nos da en su poder, en el resplandor de su santidad, en el dinamismo de su ser. Los hombres pueden llegar a descubrir esta gloria a través de su reflejo en las cosas bellas de este mundo, elevándose a la belleza radical que es la de Dios, así dice el salmo: *“El cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento la obra de sus manos”* y en otro lugar de la Escritura leemos *“La gloria de Dios llena toda la tierra”* (Nm 14,21). La creación, obra de las manos de Dios, destella la gloria del creador, y el hombre la última labor de Dios, la más perfecta, es coronado de gloria por Dios (Sal 8,6). Sin embargo, el hombre instituido por Dios como rey de la creación, puede escoger un camino errado, olvidándose de descubrir con admiración la gloria de Dios y buscando únicamente la suya propia, suele verse cegado por la gloria efímera de las riquezas, del poder, del peso de su autoridad que ejerce tiránicamente sobre sus congéneres y sobre el resto de la creación. En Dios se halla el único fundamento sólido de la gloria (Sal 62, 6.8). El hombre sabio que ha meditado sobre la fugacidad de la gloria de los hombres que se apartan de Dios, ansía disfrutar únicamente de la gloria de Dios y afirma: *“Tú me tomas de la mano, me conduces según tus planes y me llenas de gloria”* (Sal 73,24).

La gloria de Dios es, según aparece en el Antiguo Testamento, la manifestación de su ser, la expresión de su luminosa intimidad, que se muestra al hombre. A través de sus intervenciones en la historia nos expresa su ser glorioso, así podemos decir que Dios se cubrió de gloria en el paso del mar Rojo y que atendiendo las necesidades básicas de su pueblo en el desierto, como cuando hizo brotar agua de la peña y los alimentó con maná y codornices, descubrió su gloria en favor de los suyos así leemos: *“Por la mañana veréis la gloria de Dios”* (Ex 16,7). De esta manera la gloria es sinónimo de salvación, el Dios de la alianza pone su gloria en socorrer a su pueblo, en salvarlo, en levantarlo de su postración, su gloria estriba en hacer presente su poder al servicio de su amor y fidelidad en favor de los hijos de Israel. Amor y fidelidad son las dos notas esenciales del nombre de Dios, los dos componentes primordiales de su gloria. Así cuando Moisés pide a Dios ver su gloria, éste salvaguardando su misterio

le dice: *“cuando pase mi gloria te meteré en una hendidura y te cubriré con la palma de mi mano hasta que yo haya pasado, me verás de espaldas porque de frente no se me puede ver”* (Ex 33,19-20). Y al pasar delante de Moisés el Señor pasó clamando y diciendo de sí mismo: *“El Señor, el Señor. Un Dios clemente y compasivo, paciente, lleno de amor y fidelidad”* (Ex 34,6). Amor y fidelidad son las características esenciales de esta primera autopresentación de Dios, su gloria radica en amar fielmente al pueblo que sacó de Egipto. Moisés fue el primer hombre que contempló aunque sólo fuera de espaldas la gloria de Dios y su iridiscencia iluminó el rostro del libertador, de modo que tuvo que cubrirse la cara con un velo. (Ex34,29)

La gloria de Dios se expresa también en la presencia permanente con su pueblo, así aparece bajo el aspecto de una llama que corona el monte, o como una nube que cubre la cima. La gloria de Dios se manifiesta presente en medio del pueblo para salvarlo, santificarlo y guiarlo. Cuando la gloria toma posesión del santuario, acompaña por el desierto al pueblo en su peregrinar, Israel está a su servicio (Lev 9,6.23s), vive, camina y triunfa bajo su irradiación. El templo de Jerusalén será el lugar de la residencia de la gloria así en el salmo leemos: *“Jerusalén, vértice del cielo, ciudad del gran rey entre sus palacios Dios descuella como un alcázar”*. Sólo cuando el templo sea destruido, abandonará la gloria de Dios el recinto sagrado. Isaías contempla la gloria de Dios como la de un rey majestuoso, colosal, sólo la orla del manto invade todo el templo, la corte de serafines aclama su gloria (Is 6,1ss), la fuerza de esta visión es como la de un fuego devorador, que no destruye, pero sí que purifica y capacita para la misión al profeta. Ezequiel, por su parte, explica el abandono del Templo por parte de la gloria (Ez 11,22ss.), gloria que será irradiada sobre una comunidad renovada por el Espíritu (Ez 36, 23ss; 39, 21-29). Tras la vuelta del destierro los últimos capítulos de Isaías afirman por una parte que Dios reina en la ciudad santa, regenerada por su poder e iluminada por su presencia, así leemos: *“¡Levánte y resplandece que ya se alza tu luz y la gloria de Dios resplandece sobre!”* (Is 60,1), mientras que por otra sostienen que la gloria de Dios es un reclamo para todas las naciones, así podemos leer: *“Vengo a reunir a naciones de todas las lenguas. Ellas vendrán a ver mi gloria”* (Is 66,18ss). El mismo Isaías presenta una figura enigmática, sin belleza, sin esplendor, despreciado y deshecho de los hombres, ante el cual se oculta el rostro, sobre el que dice: *“Tú eres mi siervo, en ti revelaré mi gloria”* (Is 49,3). La figura de este siervo que revela la gloria a través del sufrimiento nos abre las puertas al Nuevo Testamento.

La novedad de la revelación neotestamentaria radica en afirmar la identidad existente entre la gloria de Dios y la persona de Jesús de Nazaret. Con su encarnación

la gloria de Dios ha tomado como suya la condición humana y ha querido compartir nuestro ser de hombres. Así Juan afirma en el prólogo a su evangelio *“La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos visto su gloria, gloria del Hijo único, lleno de gracia y de verdad”* (Jn 1,14). Cristo Jesús, Dios y hombre verdadero hace presente en nuestra historia la gloria de Dios ya que *“Cristo es el resplandor de su gloria e imagen perfecta de su ser”* (Hb 1,3). En los evangelios sinópticos aparece la gloria de Dios en la persona de Jesús a lo largo de su vida, así la venida del Espíritu Santo sobre María en la escena de la anunciación, recuerda el descenso de la gloria al santuario del Antiguo Testamento (Lc 1,35), de la misma manera en la Natividad (Lc 2,9ss) la gloria de Dios circunda con su claridad a los pastores y los ángeles cantan la majestad divina, igualmente la gloria de Dios se transparenta en el bautismo, en la transfiguración (Lc 9,32.35; 2Pe 1,17), en sus milagros, en su palabra y en su muerte, sin embargo será el cuarto evangelista el que profundizará más hondamente en presentar la muerte del salvador como expresión elocuente de la gloria de Dios. El calvario ofrece a las miradas de todos el misterio de la divinidad de Cristo. El agua y la sangre que brotan de su costado simbolizan (Jn 19 34-37) la fecundidad de su muerte redentora. Por la resurrección el Padre *“glorificó a su siervo Jesús”* (Hch 3,13) y lo constituyó como Señor de la gloria (1Cor 2,8).

El pasaje del éxodo que hemos citado arriba es releído por Pablo en su segunda carta a los Corintios. En una disyuntiva entre la excelencia del dinamismo del Espíritu frente al de la Ley, el apóstol de las gentes afirma que la gloria de Dios, la misma que no pudo ver directamente Moisés, resplandece en el rostro de Cristo, así leemos: *“Pues el Dios que ha dicho: Brille la luz en las tinieblas, es el que ha encendido esa luz en nuestros corazones, para hacer brillar el conocimiento de la gloria de Dios, que está reflejada en el rostro de Cristo”* (2Cor 4,6). Los creyentes en Cristo participan también de este reflejo y ya no tienen que cubrirse el rostro como Moisés sino que presentan en su rostro el esplendor de la gloria de Dios que los ha deslumbrado por su encuentro con Cristo, así podemos leer: *“Por nuestra parte, con la cara descubierta, reflejando como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa imagen cada vez más gloriosa, como corresponde a la acción del Espíritu del Señor”* (2Cor 3,18). En la resurrección de Cristo han desaparecido todos los velos y podemos contemplar sin sombras la gloria de Dios. Los cristianos por la fuerza de su victoria sobre la muerte nos transformamos en imagen de su gloria (Col 1,10ss; 2Tes 1,12). Hermosa labor la del cristiano, ser reflejo de la gloria de Dios.

En la Iglesia vivimos la fe en Cristo y en ella ensalzamos la majestad de nuestro Dios, pues la Iglesia es el *“pueblo que Dios ha adquirido para alabanza de su gloria”* (Ef

1,14). En la Iglesia gustamos la gloria de Dios y le rendimos gloria con nuestra alabanza por medio de Cristo ya que “*por Él decimos nuestro amén a la gloria de Dios*” (2Cor 1,20). Reconocemos la grandeza de nuestro Padre y lo hacemos mientras aguardamos su manifestación definitiva con la segunda venida de Cristo y la llegada de los cielos nuevos y la tierra nueva. La gloria se manifestará por la consumación de la obra de Dios, el juicio y la salvación. Juan ve plenamente la gloria de Dios en la nueva Jerusalén que desciende a la tierra bañada en luz y “*no necesita sol ni luna que la alumbren, ya que la ilumina la gloria de Dios y su lámpara es el cordero*” (Ap21,23)

Son muchos los comentarios que el tema de la gloria de Dios suscitó en los Santos Padres y sólo citaré dos. El primero de San Ireneo que en su obra “Contra la herejía”, afirma que la gloria de Dios es que el hombre viva “*Gloria Dei homo vivens*”, es decir que ha Dios se le glorifica con nuestra vida y que Él se siente complacido si vivimos en plenitud. El segundo es un texto del doctor de la Iglesia de Oriente Basilio el Grande que una homilía sobre la humildad nos dice “*En esto consiste la sublimidad del hombre, su gloria y su dignidad, en conocer donde se halla la verdadera grandeza y adherirse a ella, en buscar la gloria que procede del Señor de la gloria*”. Por tanto queridas cofradías de gloria busquemos la gloria de Dios y no la nuestra propia, busquemos al Señor de la gloria y cumplamos con nuestro oficio de cristianos que no es otro que transparentar la gloria de Dios en nuestro mundo.

CANTAR LAS GLORIAS DE MI JAÉN

Quisiera yo cantar las glorias de mi Jaén, quisiera yo recorrer desde el corazón cada una de las doce cofradías de gloria de mi ciudad que anuncian a boca llena que Cristo está vivo y nos invitan a la alegría y a dar gloria a Dios. En esta noche de recién estrenada primavera, cuando en nuestra tierra brota la flor del olivo, anunciando una nueva cosecha, cuando verdean los campos y la luz es más clara, cuando el cielo se ilumina y refleja los nuevos tonos de la tierra, cuando renace la esperanza en este tiempo de Pascua, en esta noche tan cercana a la noche santa quisiera yo animar en su labor a cada una de las cofradías. Con este fin escuchemos unos de los textos más bellos del Antiguo Testamento, escuchemos la voz del amado en el Cantar de los Cantares:

*“Levántate amada mía, preciosa mía, ven.
Que ya ha pasado el invierno,
han cesado las lluvias y se han ido.
Las flores aparecen en el campo,
ha llegado el tiempo de la poda;
y se oye en nuestra tierra el arrullo de la tórtola.
Apuntan los brotes de la higuera,
las viñas en flor exhalan su fragancia.
¡Levántate, amada mía, preciosa mía, ven!
Paloma mía, que anidas
en las grietas de la roca,
en escarpados escondrijos,
déjame ver tu rostro, déjame oír tu voz.
¡Es tan dulce tu voz,
tan hermoso tu rostro!”*

(Cant 2,10-14)

Esta voz que recoge los requiebros de un joven por su amada, bien puede ser entendida desde la fe como la voz que el resucitado dirige con amor apasionado a su Iglesia, a la que ha rescatado con su entrega pascual. Es la voz de un Cristo vivo, prendado de su Iglesia, enamorado de su aquella por la que entregó su vida. En esta noche esta voz ardiente, puede ser escuchada como un aliento, como un impulso de ánimo del que vive para siempre que dirige a las cofradías de gloria. Mirad el invierno ya pasó, ha llegado el tiempo pascua, levantaos, venid, venid a Él para que os anime, ¡es tan hermoso tu rostro y tan dulce tu voz!.

Es tan hermoso el rostro de la sacramental de S. Ildefonso, tan antiguo y tan nuevo, tan vivo, pues muestra el rostro de Cristo hecho pan, pan de vida para los hombres.

Es tan bello el rostro de las tres cofradías que tienen por titular a un Cristo, Charcales, Chircales y Perdón de la Asomada, tan bello porque muestran la victoria del madero y nos convocan a vivir la alegría de nuestra redención.

Es tan dulce la voz del cofradía de Santa Catalina de Alejandría, la patrona de nuestra ciudad, porque sube al monte y pregona que la fe exige martirio, que el amor a Cristo demanda testimonio.

Son tan preciosos los rostros de las dos cofradías del Carmen, porque ambas anuncian que nuestra madre se preocupa de nosotros en esta vida y en la venidera.

Es tan suave la voz la cofradía de la Pastora, que susurra silbos de amor a su rebaño y busca pastos para alimentar a su grey, conduciéndolos al mejor a aquél que es pastor y pasto para nosotros.

Es tan claro el rostro de la cofradía de la Virgen blanca, que esclarece los olivares e ilumina la vida cristiana invitándonos a ser como María reflejo de la luz del Señor.

Es tan precioso el rostro de la cofradía de la Virgen de la Cabeza que nos hace ser sencillos como Juan Alonso de Rivas y nos invita a la descubrir la ayuda de nuestra madre en todas las circunstancias de nuestra vida.

Es tan dulce la voz de la cofradía de la Virgen del Rocío que nos lleva en Pentecostés a llenarnos del fuego del Espíritu y nos dice que ese día con María nació la Iglesia.

Es tan sereno el rostro de la cofradía de la Virgen de la Capilla que nos anuncia que la Virgen vino a socorrer a nuestros mayores y nos auxilia y socorre siempre.

Son tan dulces vuestras voces y tan hermosos vuestros rostros que el Señor quiere oírlas y verlos, porque con vuestro trabajo el Señor se complace. Comienza el tiempo de gloria, ánimo que el invierno ya pasó, levantaos que las flores aparecen ya en el campo y se oye en nuestra tierra el arrullo de la tórtola.

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO,
EN LA CIUDAD DE JAÉN,
EN LOS TALLERES DE “BLANCA IMPRESORES”,
EL DÍA 24 DE MARZO,
LUNES DE PASCUA

AÑO 2008.

DEO GRATIAS.